

El arte más íntimo

Poppy Z. Brite

Traducción:
Almudena Romay Cousido



Libros publicados de Poppy Z. Brite

1. El alma del vampiro
2. La llamada de la sangre
3. El arte más íntimo

Título original: *Exquisite Corpse*
Primera edición

© 1996, Poppy Z. Brite, published by La Factoría de Ideas in arrangement with the author, c/o BAROR INTERNATIONAL, INC., Armonk, New York, U.S.A.

Ilustración de cubierta: Calderón Studio

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2010, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24-26. Pol. Industrial «El Alquitón».
28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

informacion@lafactoriadeideas.es
www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-619-3 Depósito legal: B-30402-2010

Impreso por Litografía Rosés S. A.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.9

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas» C/ Pico Mulhacén, 24. Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey. Madrid; o un correo electrónico a **informacion@lafactoriadeideas.es**, que indique claramente:

INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS

A mi madre,
Connie Burton Brite,
que me dio todo el coraje
que iba a necesitar en la vida

Los informes de la autopsia que en 1994 se le practicó al asesino en serie Jeffrey Dahmer revelan que los oficiales tuvieron el cuerpo de Dahmer con los pies encadenados durante todo el procedimiento. Según el patólogo Robert Huntington, «tal era el miedo que le tenían a este hombre».

Milwaukee Journal-AP, 17 de marzo de 1995

En ocasiones, un hombre se cansa de tener que soportar el peso que el mundo coloca sobre su cabeza. Se le encorvan los hombros, se le curva la columna, y los músculos tiemblan del cansancio. Comienza a perder cualquier esperanza de alivio, y tiene que decidir si deshacerse de la carga o soportarla hasta que se le rompa el cuello como una quebradiza rama en otoño.

Esa era la situación en la que me encontraba cuando estaba a punto de cumplir treinta y cuatro años. Aunque me merecía todo el peso que el mundo había colocado sobre mi cabeza (y los suplicios de la muerte eran mucho peores que cualquier tormento con el que el mundo me pudiera amenazar: la tortura de mi esqueleto, la violación y el desmembramiento de mi alma inmortal), aunque me merecía eso y más, vi que me resultaba imposible seguir aguantando tal carga.

Me di cuenta de que no había motivo para llevarla por más tiempo, ¿sabéis? Comprendí que tenía elección. Debió de ser difícil para Jesús soportar el martirio de la cruz (la mugre, la sed, los espantosos clavos que desgarraban la carne gelatinosa de sus manos) sabiendo que tenía elección. Y yo no soy Jesús, ni de lejos.

Me llamo Andrew Compton. Entre 1977 y 1988, asesiné a veintitrés niños y jóvenes en Londres. Tenía diecisiete años

cuando empecé, y veintiocho cuando me cogieron. Durante todo el tiempo que permanecí en prisión, sabía que, si me dejaban salir, seguiría matando. Aunque también sabía que nunca me dejarían salir.

Mis chicos estaban de paso en la ciudad: no tenían amigos, estaban hambrientos, borrachos y enganchados a la excelente heroína paquistaní que corría por las venas de Londres desde los alocados años sesenta. Les daba comida, té, un sitio caliente en mi cama, y los pocos placeres que mi cuerpo les podía ofrecer. A cambio, lo único que les pedía era sus vidas. A veces, parecían querer dármele con la misma disposición con la que me darían cualquier otra cosa. Recuerdo a un cabeza rapada de ojos oscuros que se vino a casa conmigo porque decía que era un tipo blanco agradable, no un puñetero maricón como los que ligaban con él en los bares del Soho. (Qué hacía en los bares del Soho, no lo sé.) No parecía querer cambiar de opinión ni siquiera mientras le chupaba la polla y le metía dos dedos lubricados por el ano. Más tarde, observé que llevaba una línea de puntos de color escarlata tatuada en el cuello, con la frase «Cortar por aquí». Solo tuve que seguir las instrucciones. («Pareces un jodido maricón», le dije a su cuerpo decapitado, pero el joven Señor Inglaterra Blanca no tenía nada más qué decir.)

Rajé a la mayoría de los veintitrés jóvenes. Les cortaba las arterias principales con un cuchillo o una navaja después de quedarse inconscientes por el alcohol. Los mataba de esta forma no por cobardía ni porque quisiera evitar el forcejeo; aunque no soy un hombre grande, podría haber reducido a cualquiera de esos niños de la calle, medio hambrientos y aturdidos por las drogas, en una pelea limpia. Los mataba así porque apreciaba los objetos hermosos que eran sus cuerpos, los hilillos de sangre que corrían por su piel aterciopelada, la sensación que me producían sus músculos cuando se abrían como mantequilla blanda. Ahogué a dos en la bañera, y a uno

lo estrangulé con los cordones de sus Doc Martens mientras yacía tumbado en un estupor etílico. Pero la mayoría de las veces, los rajaba.

Con esto no quiero decir que los cortara en pedacitos por puro placer. No disfrutaba con la mutilación ni el descuartizamiento burdos, no por aquel entonces; lo que me atraía era el delicado susurro y el corte de la navaja. Me gustaban mis chicos por lo que eran: unas grandes muñecas sin vida con una o dos llorosas bocas carmesíes de más. Me los quedaba una semana como mucho, hasta que el olor en el apartamento se hacía evidente. El olor a muerte no me resultaba desagradable. Era más bien como el olor que dejan las flores cortadas cuando llevan mucho tiempo en agua, una fuerte fragancia, algo nauseabunda, que permeaba mis fosas nasales y se alojaba en la garganta cada vez que respiraba.

Pero los vecinos se quejaban, y yo tenía que inventarme alguna que otra excusa, como que el triturador de basura desprendía olores, o que se me había desbordado el inodoro. (Humillante, y en última instancia inútil, ya que al final uno de los vecinos llamó a la policía.) Dejaba a uno de mis chicos en el sillón cuando me iba a trabajar, y me estaba esperando pacientemente cuando llegaba a casa. Me lo llevaba a la cama y acunaba su cremosa suavidad toda la noche. Durante un día o dos, o una semana, no me sentía solo. Entonces, llegaba el momento en el que lo dejaba ir.

Utilizaba una sierra para cortarlo en dos por la cintura, para separar los brazos del torso, para bisecar las piernas a la altura de la rodilla. Metía a duras penas los trozos en bolsas llenas de basura húmeda, donde se podrían disimular sus formas particulares y su fuerte hedor, y las sacaba afuera para la recogida. Bebía güisqui hasta el aturdimiento. Vomitaba en el lavabo y lloraba por otro fracaso en el amor hasta quedarme dormido. No empecé a apreciar la estética del desmembramiento hasta mucho más tarde.

Pero, por el momento, estaba sentado en una celda fría y húmeda de la prisión de Su Majestad en Painswick, en Lower Slaughter, cerca del erial industrial de Birmingan. Estos apelativos morbosos podrían parecer creados para aterrorizar y agitar el alma, y eso es lo que hacen. Mirad en cualquier mapa de Inglaterra y los encontraréis, junto a lugares como Grimsby, Kettle Crag, Fitful Head, Mousehole, Devil's Elbow y Stool End Farm.¹ Inglaterra es un país que no escatima ni sonoridad ni colores descriptivos para los topónimos, por muy amenazadores que sean.

Examiné mi celda sin mucho interés cuando me trajeron cinco años atrás. Sabía que estaba considerado prisionero de categoría A. (La D era para los prisioneros menos peligrosos; la C y B eran para los tipos a los que no les darías la espalda, y la A era, por supuesto, para el asesino voraz.) Los periódicos me habían apodado «el Eterno Anfitrión», y le habían conferido a mi mediocre semblante en blanco y negro un pavor que rayaba lo legendario. Habían hecho cien veces un inventario cuidadoso de todo lo que había en mi apartamento. Mi juicio fue un circo legal de lo más vil. Se consideró que mi fuga se convertiría en un enorme peligro público. Sería un preso de categoría A hasta el día en que muriera con la mirada fija en alguna eternidad lúgubre, más allá de estas cuatro paredes de piedra que se desmoronaban.

Solo podía recibir visitas con la aprobación del alcaide, y bajo estricta vigilancia. No me importaba: todos aquellos a los que alguna vez amé estaban muertos. Aunque me negaban la educación y el recreo, en aquel momento no había nada más en la vida que quisiera aprender ni nada de lo que pudiera

¹ N. de la t.: Los términos que componen estos topónimos tienen algo de sombrío; por ejemplo: Lower Slaughter (*Slaughter* significa «matadero»), Grimsby (*Grim* significa «lúgubre»), Mousehole (ratonera), Devil's Elbow (el codo del diablo), etc.

disfrutar. Tenía que soportar una luz encendida noche y día en mi celda, hasta que su contorno se me quedaba grabado en las córneas. Para ver mejor, pensé yo por aquel entonces, estas manos empapadas de sangre.

Además de una bombilla abrasadora y unas manos culpables, tenía un catre de hierro atornillado a la pared, y un fino colchón lleno de bultos, una mesa y una silla desvencijadas, y un viejo orinal. A menudo, me recordaba que al menos tenía orinal, pero era un triste consuelo, (y en sentido literal) en las mañanas de invierno de Painswick. Y todo esto dentro de una celda de piedra, una caja que medía tres metros y medio por cuatro.

Me preguntaba cuántos presos de Su Majestad se habían dado cuenta de que el medio metro adicional que tenía una de las paredes era una forma sutil de tortura. (Cuando a Oscar Wilde lo empujaban encadenado por todo el patio de la prisión, comentó que si así era como Su Majestad trataba a los prisioneros, no tenía derecho a tener ninguno.) Si me quedaba mirando esa pared durante mucho tiempo, que era la única forma en que podía mirarla, su geometría incorrecta comenzaba a hacerme daño a la vista. El cuadrado imperfecto me atormentó durante más de un año. Me imaginaba que las cuatro paredes se me echaban encima, cercenando así ese terrible medio metro atroz, y comenzaban a desmoronarse a mi alrededor. Entonces, poco a poco me acostumbré, y esto me deprimía tanto como el tormento. Nunca me ha gustado acostumbrarme a las cosas, sobre todo cuando no tenía más remedio.

Cuando vieron que no iba a causarles problemas, me proporcionaron todos los cuadernos y lápices que quise. Raras veces me permitían salir de la celda, salvo para hacer ejercicio o ducharme en solitario; la comida empapada y triste me la traían unos guardias silenciosos cuyas caras eran como las del día del Juicio Final. No podía lastimar a nadie con los

lápices, a no ser que me los metiera en un ojo, pero los llevaba con la punta demasiado desgastada para eso.

El primer año terminé veinte cuadernos; el segundo, treinta y uno; y el tercero, diecinueve. Por aquella época, estaba tan cerca del remordimiento como nunca lo había estado. Me parecía haber permanecido once años inmerso en un sueño, y que me había despertado en un mundo que apenas reconocía. ¿Cómo podía haber cometido veintitrés asesinatos? ¿Qué me había empujado a cometerlos? Traté de sondear las profundidades de mi alma por medio de palabras. Diseccioné mi infancia y mi familia (algo sofocante, pero apenas traumático), mi historia sexual (frustrada), mi carrera profesional en varios sectores de la Administración Pública (totalmente sin distinciones, salvo por las veces que me despidieron por insubordinación ante mis superiores).

Una vez hube terminado esto, y sin haber aprendido mucho, empecé a escribir sobre los asuntos que me interesaban en ese momento. Me encontré con muchísimas descripciones de asesinatos y actos sexuales practicados a cadáveres jóvenes. Empecé a recordar pequeños detalles: cómo una huella dactilar se quedaba marcada en la piel del muslo de un muerto como si fuera de cera, o cómo se escapaba a veces un hilo frío de semen de un pene flácido con el que jugaba en mi boca.

La única constante en todos los cuadernos que escribí en la cárcel era una soledad omnipresente sin un comienzo perceptible ni un fin imaginable. Pero un cadáver no se marcharía nunca.

Llegué a entender que estos recuerdos eran mi salvación. Ya no quería saber por qué había cometido tales actos si eso significaba que no iba a volver a hacerlo. Dejé a un lado los cuadernos para siempre. Era diferente, eso era todo. Siempre supe que era diferente; no podía arrastrarme por la vida conformándome con tragar cuanto me metieran en la boca,

como parecían hacer los demás. Mis chicos eran solo una cosa más que me apartaba del resto.

Alguna vez alguien quiso a mis chicos, alguien que no precisaba robarles la vida para demostrar su amor. Cada uno de ellos fue hijo una vez. Bueno, yo también, ¿y qué bien me hizo? Según me dijeron, salí amoratado del útero, y con el cordón umbilical alrededor del cuello. Durante varios minutos, se discutió si estaba vivo o muerto, hasta que tomé una gran bocanada de aire y empecé a respirar por mí mismo. Quizá los chicos que maté fueron niños robustos, pero en el momento de su muerte eran drogadictos por vía intravenosa que compartían jeringuillas como si fueran pañuelos, y que cambiaban mamadas por dinero o un chute. De los que me llevé a la cama mientras todavía estaban vivos, ni uno solo me pidió que me pusiera un preservativo, y ni uno mostró preocupación cuando me tragué su semen. Más adelante me imaginé que, al matar a alguno de ellos, podría haber salvado unas cuantas vidas.

Nunca pretendí moralizar, ¿cómo iba ahora a ir a favor de la ética? No hay nada que justifique un asesinato gratuito y al azar. Sin embargo, llegué a comprender que no necesitaba una justificación. Solo necesitaba una razón, y el terrible placer del acto era motivo suficiente. Deseaba volver a mi arte, a cumplir mi indiscutible destino. Quería dedicar el resto de mi vida a hacer lo que quería y sabía muy bien qué era. Mis manos ardían en deseos de coger una cuchilla, de sentir la calidez de la sangre fresca, la suavidad marmórea de la carne muerta desde hacía tres días.

Decidí ejercer mi libertad de elección.

Antes de comenzar a matar a jóvenes, y después, cuando no encontraba ninguno o no tenía la energía suficiente para buscarlos, de vez en cuando hacía otra cosa. Empezó como una burda técnica de masturbación y acabó rozando el

misticismo. En el juicio me calificaron de «necrófilo» sin considerar las antiguas raíces del término ni su profunda resonancia. Era amigo de los muertos, su amante. Y yo mismo fui mi primer amigo y amante.

Mi iniciación arrancó a los trece años. Me tumbaba boca arriba y poco a poco relajaba los músculos, miembro a miembro, fibra a fibra. Me imaginaba que los órganos se me convertían en una sopa amarga, y que el cerebro se me empezaba a licuar dentro del cráneo. A veces, me pasaba una cuchilla por el pecho, y dejaba que la sangre se deslizara por cada lado de la caja torácica hasta formar un charco en el hueco del vientre. En ocasiones, resaltaba mi palidez natural con un maquillaje blanco azulado, con un trazo de púrpura aquí y allí; era mi interpretación artística de la lividez y de la descomposición. Intentaba escapar de lo que consideraba una odiosa prisión de carne; la única forma en la que podía amar mi cuerpo era imaginarme fuera de él.

Después de hacerlo durante un tiempo, empecé a notar ciertos cambios en mi cuerpo. Nunca conseguí hacer que mi alma se separara totalmente de mi carne. Si lo hubiera logrado, posiblemente no habría vuelto. Pero alcancé un estado que iba de la consciencia al vacío; un estado en el que los pulmones parecían dejar de aspirar aire y el corazón de latir. Todavía podía sentir un murmullo subliminal de las funciones fisiológicas, pero sin pulso, sin respiración. Creía sentir cómo se me desprendía la piel del tejido conjuntivo, cómo se me secaban los ojos detrás de mis párpados azulados, cómo se enfriaba mi núcleo fundido.

De vez en cuando lo hacía en la prisión, sin el maquillaje ni las cuchillas, por supuesto, mientras evocaba a alguno de los chicos, e imaginaba que mi cuerpo vivo y rancio era su querida carne muerta. Tardé cinco años en percatarme de que podría aprovechar mi talento para otros fines que me permitieran algún día abrazar de nuevo a un cadáver de verdad.

Me pasaba la mayor parte del tiempo tumbado en mi catre. Respiraba el olor embriagador a carne de cientos de hombres que comían, sudaban, meaban, cagaban, follaban y convivían en unas celdas muy pequeñas y sucias, y que a menudo solo tenían una posibilidad de ducharse a la semana. Cerraba los ojos y escuchaba los ritmos de mi propio cuerpo, los miles de caminos de la sangre, las gotas de sudor en mi piel, la constante entrada y salida de aire en mis pulmones, el ligero zumbido eléctrico de mi cerebro y de todos sus afluentes.

Me preguntaba hasta qué punto podría frenarlo, qué partes podría detener por completo. Y me preguntaba si, de lograrlo, podría ponerlo todo de nuevo en funcionamiento. Lo que tenía en mente era mucho más avanzado que mi viejo truco de hacerme el muerto. Debería estar lo suficientemente muerto como para engañar tanto a los guardias como al enfermero y, casi con seguridad, a un médico. Había leído sobre faquires hindúes que hacían que se les parara el corazón y pasaban semanas enterrados sin oxígeno. Sabía que se podía hacer, y creí que sería capaz.

Reduje a la mitad mi comida, que nunca había sido mucha en prisión. Fuera, había sido algo glotón. Con frecuencia, invitaba a mis chicos a algún restaurante antes de los festejos nocturnos, aunque lo que pedía normalmente les resultaba demasiado exótico: cordero al *vindaloo* con *nan* hojaldrado, bollos de cerdo chinos, anguilas en gelatina, hojas de parra rellenas, curri verde vietnamita, *steak tartare* etíope, etcétera. La comida en la prisión era o muy cartilaginosa, o tenía demasiados carbohidratos, o mucha col. No me costaba nada dejar la mitad en el plato. De todas formas, sabía que me iba a hacer más falta la inteligencia que la fuerza física (siempre había sido así), y me parecía que un aspecto demacrado me ayudaría de alguna manera en mi cometido.

(«¿Has perdido el apetito, Compton?» era el único comentario sobre el asunto que me hacía el guardia que me traía y

se llevaba las bandejas de comida. Conseguí asentir con indiferencia, consciente de que pretendía ser amable a su manera. Algunos de los guardias intentaban hablar conmigo de vez en cuando; me imaginaba que lo hacían para que cuando llegaran a casa pudieran contarles a su mujer y a sus hijos que el Eterno Anfitrión les había dirigido la palabra ese día. Pero no quería que recordase este en concreto.)

Un día me hice a propósito un corte profundo en la frente con las rejas. Decirle al guardia que me había tropezado y que me había golpeado en la cabeza hizo que me ganara un viaje a la enfermería. Llevaba en todo momento las manos esposadas y grilletes en los pies, pero pude echar un vistazo a mi alrededor mientras el charlatán enfermero me limpiaba y cosía la herida.

—¿Estuvo aquí Hummer? —le pregunté, refiriéndome a un preso del ala A que había muerto de insuficiencia cardíaca el mes anterior.

—¿El viejo Artie? No, no supimos la causa de muerte, así que se lo llevaron en ambulancia. Le hicieron la autopsia en Lower Slaughter y lo mandaron a casa de su familia, o lo que quedaba de ella. Artie entró aquí por matar a tiros a su mujer y a su hijo, ¿sabes?, pero tenía una hija que estaba en el colegio. Me imagino que no debió de alegrarse mucho cuando le devolvieron a su padre, ¿verdad?

—¿Qué hacen con los órganos después de una autopsia? —pregunté, en parte porque no quería que se acordara de que le había hecho solo una pregunta, y en parte porque mi curiosidad era sincera.

—Los vuelven a meter de cualquier manera y cosen el tajo. Ah, y se quedan con el cerebro para estudiarlo, sobre todo los de los asesinos. Apuesto a que algún día alguien meterá el suyo en un tarro de alcohol, señor Compton.

—Quizá —le contesté.

Y tal vez así sería. Pero no un matasanos sonriente de Lower Slaughter, no si podía evitarlo.

Ese día, el enfermero me extrajo un vial de sangre del brazo, aunque no supe por qué. Una semana más tarde, me llevaron de nuevo a la enfermería, donde me enteré de algo que iba a ayudarme más de lo que podría entender.

—¿Seropositivo? —le pregunté al pálido y sudoroso enfermero—. ¿Qué significa eso?

—Puede que nada, señor Compton.

Sostenía un delgado folleto entre la punta del dedo gordo y del índice, que me entregó con cautela. Observé que llevaba guantes de látex.

—Pero puede que desarrolle el sida.

Examiné con interés el folleto, y volví a mirar la cara disgustada del enfermero. Tenía los ojos enrojecidos, y parecía como si hubiera olvidado afeitarse en días.

—Aquí pone que el virus puede transmitirse por contacto sexual o a través de la sangre —observé—. La semana pasada me cosiste la herida. ¿No corriste ningún riesgo?

—Nosotros... yo no... —Se quedó mirando fijamente los guantes y negó con la cabeza, parecía que estaba a punto de llorar—. Nadie lo sabe.

Me acerqué las manos esposadas a la cara y tosí, para esconder una sonrisilla traviesa.

De vuelta en mi celda, leí dos veces el folleto e intenté acordarme de lo que había oído sobre esta enfermedad relacionada con los fluidos del amor. Aunque antes de que me arrestaran, me había llamado la atención algún que otro artículo, nunca había sido un gran seguidor de los sucesos de actualidad, y no había visto ningún periódico desde mi juicio. Había algunos en la biblioteca de la cárcel, pero allí pasaba mis preciadas horas leyendo libros. No veía de qué forma las noticias del mundo podían ayudarme.

Aun así, recordaba una variedad impresionante de reportajes: titulares que gritaban «La peste de los maricas», tranquilas afirmaciones de que todo era una conspiración

del partido laborista, especulaciones histéricas de que cualquiera lo podía coger casi de cualquier manera. Pude averiguar que los homosexuales y los drogadictos por vía intravenosa eran los que corrían un riesgo mayor. Aunque me pregunté si alguno de mis chicos había estado expuesto, nunca sospeché que me contagiaría. Casi todo el contacto que tuve con ellos fue después de su muerte, y supuse que el virus también se moría. Aunque ahora daba la impresión de que los virus resultaban más resistentes que los chicos.

Bueno, Andrew, me dije, aquel que profana la dulce inviolabilidad del culo de un chico muerto no puede pensar que va a salir impune. Olvídate ya de que quizá enfermes, porque ahora no estás enfermo, y acuérdate de que el virus que llevas en la sangre hace que los demás te teman. El hecho de que alguien te tema puede ser algo que utilizar en tu favor.

Llegó la bandeja de la cena. Me comí una rodaja de ternera hervida, una hoja de col pasada y unas migas de pan duro. Luego me tumbé en el catre, me quedé mirando la red de venas de color azul claro que se veía bajo la piel de mi brazo, y planeé mi salida de Painswick.

Compton...

Apreté lo ojos, y volví la cabeza hacia el sonido del mar. La luz del sol parecía oro líquido que me bañaba las mejillas, el pecho, y las escuálidas piernas.

Metí los dedos de los pies desnudos en la fría y rica tierra del peñasco. Tenía diez años, y estaba de vacaciones con mi familia en la isla de Man.

Andrew Compton...

El tojo amarillo fuerte y el brezo violeta oscuro creaban un muro cambiante, lo suficientemente alto como para esconder a un niño, que, tumbado boca arriba, no quería ni moverse, ni contestar. Nadie en el mundo sabía dónde estaba, ni quién era.

Empecé a sentirme como si fuera a caerme de la tierra al ilimitado cielo azul. Me ahogaría en él como en el mar, sacudiendo los brazos y las piernas, luchando por respirar, por aspirar bocanadas cristalinas de nube. Me imaginé que la nube sabría a caramelos de menta, y convertiría mis tripas rápidamente en hielo.

Llegué a la conclusión de que no me importaría caer en el cielo. Intenté dejarme llevar, dejar de creer en la gravedad. Pero la tierra me tenía agarrado, como si quisiera tragarme.

De acuerdo, pensé. Dejaría que mi cuerpo se hundiera en la tierra, soltaría mis nutritivos fluidos corporales en las raíces del brezo, dejaría que los gusanos y los escarabajos descamaran la tierna carne que había entre mis huesos. Pero la tierra tampoco me llevaba con ella. Estaba atrapado dentro de la cripta del cielo, la tierra y el mar, separado de todos ellos, unido a mi despreciable carne.

Comp...tonnn...

Las sílabas no tenían sentido, como no lo tenía el insistente sonido metálico que las acompañaba. Había una caja hecha de piedra y, dentro, una chapa de metal cubierta con una fina almohadilla de tela. Encima de esa almohadilla había una cosa inerte, compuesta de huesos y recubierta de carne. Estaba unido a esa cosa por una soga invisible, un frágil cordón umbilical de ectoplasma y costumbre.

Todos los momentos y lugares parecían un río en constante movimiento, y mientras la cosa inerte yacía tumbada en la orilla del río, yo me encontraba inmerso en sus aguas. Solo el frágil cordón umbilical impedía que me arrastrara la corriente. Podía sentir cómo se estiraba el cordón, cómo se empezaba a desintegrar el efímero tejido.

Distinguí el hueco sonido del metal contra la piedra, y reconocí que era la puerta de mi celda que se abría. Oí que alguien amartillaba un arma, y pisadas sobre la fría piedra.

—Compton, haz un movimiento extraño, y te meto una bala en la cabeza. ¿A qué cojones estás jugando?

Otra voz.

—Métele una bala por el culo, Arnie, y veamos si se mueve.

Se oyó una risa estridente, que no imitó el primer guardia. Mis músculos no se tensaron, y no parpadeé. Me pregunté si, de dispararme el guardia, sentiría cómo la bala se abría paso por mi carne.

Unos brazaletes de acero se cerraron alrededor de mis muñecas; era una sensación ya familiar. Luego, unos dedos callosos me tomaron el pulso. Algo frío y suave me rozó los labios. El guardia que se llamaba Arnie habló de nuevo en voz muy baja, casi sobrecogido.

—Creo que está muerto.

—¿Compton, muerto? No puede ser; es como un gato, solo que él tiene veintitrés vidas.

—Cállate, Blackie. No respira ni tiene pulso. Será mejor que llamemos a la enfermería.

Cuando uno es un asesino reincidente, tiende también a convertirse en un buen actor. Y yo ya había comenzado a representar el mejor papel de mi vida: mi muerte, aunque no tenía la impresión de estar actuando.

Una cegadora sucesión de recuerdos fotograma a fotograma: una camilla pasando con gran estruendo por un largo pasillo de bloques de hormigón, mi cuerpo sujetado fuertemente con correas, mis manos todavía esposadas... Incluso muerto era lo suficientemente peligroso como para merecer estar atado. Olor a medicamentos y a moho que reconocí como la enfermería de la prisión. Un ligero pinchazo en el pliegue del brazo, en la planta del pie. Un frío círculo de metal en el pecho, en el estómago. Tirón fuerte a mi párpado derecho, un rayo de luz igual de penetrante y fino que un alambre.

Recuerdo haber oído la voz del alcaide, un hombre que siempre me atravesaba con su desvaída y fría mirada, como si su primer hijo hubiera muerto por mi culpa.

—¿No va a examinar el cuerpo? Tenemos que saber qué fue lo que lo mató antes de sacarlo de aquí.

—Lo siento, señor. —Era el enfermero que me había cosido el corte que tenía en la frente, y que sonaba más asustado que nunca—. A Andrew Compton se le detectó hace poco que era seropositivo. Quizá haya muerto por alguna complicación relacionada con el sida. No estoy cualificado para examinarlo.

—Maldita sea, la gente no muere de sida de la noche a la mañana, ¿verdad? Primero les salen heridas y todo lo demás, ¿no es así?

—No lo sé, señor. Sería el primer caso que muriera aquí. A la mayoría de los prisioneros seropositivos los han transferido a Wormwood Scrubs. Con el tiempo, a Compton también se lo habrían llevado allí.

Mi alma atada se estremeció ligeramente de placer. Si hubiera acabado en Wormwood Scrubs, habría tenido muy pocas posibilidades de salir, vivo o muerto. Era la cárcel más grande de Inglaterra, con su hospital y su depósito de cadáveres.

—Aquí no podemos hacer el tonto con enfermedades contagiosas. Tendrán que hacerle la autopsia en Lower Slaughter. Llama al doctor Masters para que venga a firmar el acta de defunción; no se lo llevarán sin ella.

Había visto al doctor Masters exactamente cinco veces, una por cada año que hacía el físico obligatorio; su aliento todavía olía a gaulteria y a algo que se pudría en lo más profundo.

—Pobre hombre —murmuró el doctor en un tono demasiado bajo como para que los demás pudieran oírlo, mientras cogía la llave del guardia y me abría las esposas.

En vano me buscó el pulso, me quitó el uniforme de la prisión, me palpó el vientre, y me dio la vuelta para introducirme el frágil cristal del termómetro en mi recto, que estaba

en proceso de enfriamiento. Rompí el débil hilo que me unía al mundo, y mi alma se dejó llevar por las negras olas de la inconsciencia.

—Entonces, ¿qué fue lo que lo mató? —Fue lo último que percibí, y la tenue voz del doctor Masters que contestaba:

—No tengo ni idea.

Se oía un sonido de metal, y después la vibración de las ruedas sobre un camino pavimentado. No había caminos pavimentados en los terrenos de la prisión. No podía arriesgarme a abrir los ojos, y aunque quisiera, sentía los párpados como si me los mantuvieran cerrados unos sacos de arena. Me llegó el tintineo de tubos y botellas, las intermitentes interferencias de una radio, el sonido del embotellamiento al que respondía el progresivo gemido de una sirena. Estaba en una ambulancia. Había conseguido salir de Painswick; lo único que tenía que hacer era volver a la vida. Pero todavía no.

Me ataron a otra camilla y me llevaron a toda prisa por otro pasillo. Por alguna razón, las ruedas resonaban con más intensidad aquí, como si este pasillo estuviera hecho de baldosa y cristal en vez de bloques de hormigón a punto de desmoronarse. Otra fría mesa de metal bajo mi cuerpo desnudo, al que de repente envolvieron con un pesado plástico que crujía. Era una bolsa para cadáveres.

Si hubiera estado respirando, el interior de la bolsa se habría calentado y humedecido enseguida hasta llegar a ser insoportable. Después de que hubiera usado todo el aire que se había quedado atrapado dentro, a buen seguro me habría ahogado. Pero tenía los pulmones cerrados, empaquetados como dos esponjas de todo el oxígeno que pudieran necesitar durante un tiempo. Podría disfrutar de la sensación de ser encerrado dentro de una bolsa, de mi piel fría. A efectos prácticos, el envoltorio de piel relleno de carne llamado Andrew Compton era un cuerpo sin vida.

Me acordé de la peste de Londres; de las estrechas calles cubiertas de barro y convertidas en osarios; de los cuerpos desnudos a los que se les notaban las costillas amontonados en carros, y llevados lentamente por la ciudad; cuerpos pálidos y marchitos que empezaban a ajarse, a hincharse. Me imaginé el olor a carne carbonizada, el hedor a abrasadora enfermedad por todas partes, el sonido de las ruedas de hierro que rodaban lenta y ruidosamente sobre adoquines rotos, la constante y cansada invocación: «Sacad a vuestros muertos». Me imaginé lanzado bruscamente a un carro de madera, sobre una pila de hermanos enfermos. Un rostro hinchando por la peste pegado al mío, pus negro cayéndome dentro de los ojos, goteando lentamente dentro de mi boca...

Temí que mi pene se pusiera erecto y me delatara. Pero era una tontería preocuparme. Sabía que los cadáveres podían perfectamente tener una bonita erección. Y seguramente los doctores también lo sabían.

Una fuerte luz blanca me atravesó las pestañas, y trazó la urdimbre de venas con un rojo eléctrico. Después, eso también desapareció. Dejé de sentir el paso del tiempo. Las palabras resonaban en mi cabeza, palabras que no significaban nada; pronto, ellas también se desvanecieron. Era incapaz de recordar cómo me llamaba ni qué se suponía que me estaba pasando. Podría estar dando vueltas en un vacío sin forma ni dimensión, un universo vacío creado por mí.

No obstante, la semilla de la conciencia estaba plantada en el terreno de la existencia. Desde aquí sentí que quizá podría seguir alejándome, podría seguir hundiéndome. No tenía que volver. Apenas podía recordar por qué quería hacerlo.

En ese momento, podría haber muerto. Legalmente, desde el punto de vista médico, ya lo estaba. Me habían auscultado el corazón, pero no habían oído mis latidos. Me habían buscado el pulso, pero no lo habían encontrado. Me habría resultado muy sencillo dejarme llevar.

Pero dentro de la semilla de la conciencia se agazapa el germen del ego. Nunca dudé de que el ego fuera la última parte del organismo en morir. Había visto ira de impotencia en los ojos de algunos de mis chicos cuando se daban cuenta de que realmente iban a morir: ¿cómo les podía pasar eso a ellos? ¿Y qué era un fantasma sino lo poco que quedaba del ego, que no podía creer que su carne corruptible le hubiera dejado plantado?

De la misma forma, mi fantasma, mi ego o mi alma (nunca me reveló cuál era su apelativo preferido) no quería separarse de la densa maraña gris de nervios que lo habían alojado durante treinta y tres años. Como un animal salvaje encerrado en una jaula durante demasiado tiempo, tenía miedo de aventurarse incluso con la puerta abierta de par en par.

Así que me quedé suspendido entre la vida y la muerte, sin poder balancearme ni hacia un lado ni hacia otro, y girando como una araña en un extremo de un tenso hilo de telaraña. ¿Me había quedado aquí, en el vacío de la semiconsciencia? ¿Era este el destino al que me había entregado, un necrófilo atrapado en su propio cuerpo en descomposición?

Había destinos que me resultarían menos gratos. Pero no en ese momento, no cuando había decidido que quería vivir y gozar de los frutos de mi sino. Sabía que tenía una enorme fuerza de voluntad: había echado mano de ella para parecer encantador cuando no lo era, para disuadir a los vecinos que se quejaban del olor de mi piso, para conseguir que un chico que se escapaba de mí y corría a la puerta se parara en seco simplemente al pronunciar su nombre. (Esto era algo que recordaba con cariño. «Benjamin», decía yo, en voz baja pero con más firmeza de la que nadie le había hablado en toda su vida; se giraba, y emociones terribles se enfrentaban en su rostro: deseo y terror y la esperanza de que todo terminara pronto, algo que enseguida le concedí.)

Con toda esa fuerza de voluntad intenté levantarme, despertarme. Al principio, podía no tanto sentir el cuerpo como apreciar sus límites y el espacio que ocupaba, sin tener ningún control sobre estas dimensiones. Entonces mi corazón se movió de repente, mi cerebro pareció convulsionarse, y mi piel se elevó a mi alrededor como los lados de un ataúd. De hecho, un ataúd no me habría parecido más claustrofóbico.

Ya había regresado, si alguna vez estuve fuera. Pero todavía no podía moverme.

De repente, alguien bajó la cremallera de la bolsa y la abrió. Noté la mesa de metal de nuevo debajo de mí; ya éramos viejos amigos, aunque su acogida fue algo fría. La ráfaga de aire que me llegó olía a formol, a desinfectante, y al aliento con aroma a cebolla de alguien. Sentí unos guantes como tajadas de carne cocida pegadas a mi pecho, y los dedos como grasientas salchichas alrededor de mis bíceps.

—Cierra la puerta con llave —ordenó una voz desconocida—. No deja de entrar gente para verlo, y no quiero que me molesten.

No era el doctor Masters. Me alegré. Me caía bastante bien.

Oí un clic, y quienquiera que me estuviese examinando comenzó a hablarle a una grabadora: «Cinco de noviembre... Doctor Martin Drummond ayudado por el médico residente Waring... El sujeto de la autopsia es Andrew Compton, hombre blanco, de treinta y tres años, llevaba cinco años en la cárcel... Se observa palidez en la piel, pero no existe acumulación de sangre. Puede que ya haya sufrido rígor mortis. Ábrele la boca, Waring...»

Un dedo enfundado en látex, de un sabor repugnante, me abrió la boca haciendo palanca.

«Dentadura en buen estado... El fallecido era seropositivo, pero no ha mostrado síntomas del sida. La causa de la muerte sigue siendo desconocida.»

Si el olor de Drummond y el tacto de sus manos no hubieran sido tan repulsivos, me podría haber imaginado que me estaba leyendo un poema de amor.

Otro termómetro por el trasero.

«La temperatura rectal está subiendo,» continuó grabando Drummond, «lo cual indica el rápido inicio de la descomposición».

Oí la voz de Waring, joven y nerviosa.

—Era un tipo flaco, ¿verdad? ¿Cómo pudo matar a veintitrés hombres?

—No eran hombres, eran adolescentes drogadictos.

(Mentira; la mayoría tenía más de veinte.)

—Gamberros y chaperos. ¿Crees que se resistieron?

—¿Puede que cuando supieron que iban a morir? —sugirió tímidamente Waring.

—Los drogó. Nunca lo vieron venir.

Otra mentira. A mis invitados solo les ofrecía algo de beber, y les llenaba el vaso como haría cualquier anfitrión. Por desgracia, más de uno sí lo vio venir, pero a ninguno pareció importarle mucho.

Los médicos hicieron una pausa para escribir algo. Sabía que cuando volvieran a la autopsia, comenzaría lo serio. He leído sobre autopsias. Se acercarían a mí con un escalpelo, me realizarían una incisión en forma de Y, que empezaría en la clavícula, convergiría en el esternón y bajaría por el estómago hasta el pubis. Entonces, me levantarían la caja torácica haciendo palanca, me partirían las costillas; y, por último, me quitarían, pesarían, y examinarían las vísceras. Había oído en algún sitio que los órganos de la gente que había muerto de una larga enfermedad parecían haber sido detonados; pero, por supuesto, los míos funcionaban todavía.

Después de meter mis tripas en bolsas y de catalogarlas, lo único que quedaría por hacer sería tirarme del cuero cabelludo, serrarme la parte superior del cráneo, y extraerme el

cerebro, que meterían en un tarro de alcohol, donde se sentiría totalmente en casa, y donde tendría que marinar durante quince días antes de ponerse lo suficientemente duro como para poder ser seccionado y analizado. El cerebro comienza a convertirse en una masa blanda en el momento de la muerte, y para cuando terminaran de hacerme todo eso, supuse que yo ya estaría muerto.

Me esforcé por volver a conectarme a mi sistema nervioso, por controlar de nuevo mis músculos y mi esqueleto. Todo parecía una maraña increíblemente complicada, de la que había olvidado cómo funcionaba, si alguna vez lo supe. Parecía como si hubiera surgido de las oscuras profundidades de la consciencia y me encontrara con una membrana muy fina pero resistente que cubría la superficie.

—Me dispongo a abrirlo —anunció Drummond.

La hoja de acero inoxidable me cortó profundamente el pectoral izquierdo. El dolor rompió la membrana, me atravesó los nervios como una descarga eléctrica, y me sacó de los brazos de la muerte.

Abrí los ojos de par en par, y me encontré con la turbia y atónita mirada de Drummond. Levanté la mano izquierda, lo cogí de su pelo ralo, y tiré de él hacia mí. Con la derecha agarré el bisturí, y se lo quité de la mano. La hoja salió de la incisión que había hecho en mi pecho, y recorrió con un susurro la palma del doctor, cortó el guante de látex y después la grasienta carne hasta el hueso. Vi cómo se quedaba con la boca abierta por el asombro o el fuerte dolor, y dejaba ver dos hileras de dientes amarillos, una boca carnosa, y una lengua de color rosa pálido y aspecto áspero.

Antes de que pudiera reaccionar, le hundí el escalpelo en uno de sus turbios ojos o, para ser preciso, le atravesé la cabeza con él. La sangre caliente me cubrió los nudillos. Drummond se cayó hacia delante, lo que hizo que la hoja se hundiera más

en su cerebro. ¡Yo había despertado! ¡Estaba vivo! Disfruté de cada sensación, del leve sonido húmedo que produjo el ojo al ceder, del hedor a alcantarilla cuando el esfínter de Drummond se rindió ante una batalla perdida, el lamento motivado por el pánico que supuse que salió de la garganta del joven Waring.

La cuenca del ojo chupaba con sensualidad el escalpelo cuando tiraba de él. Lo habría dejado allí dentro (estos oportunos instrumentos para cortar merecen una satisfacción), pero necesitaba un arma. Me pregunté si me podría poner derecho en la mesa, y me di cuenta de que ya lo había hecho. Waring se alejaba de mí, y se dirigía a la puerta. Su huida era ya impensable.

Yo tenía las manos viscosas por la sangre y los fluidos de Drummond. Me puse la izquierda en el pecho y presioné, cuando la retiré estaba más manchada de sangre que antes. Me atreví a echarle una mirada a la herida. La piel que la rodeaba estaba arrugada y abierta; la sangre manaba de ella, bajaba por mi pecho desnudo y mi vientre hasta empaparme el vello púbico y salpicar el suelo. Intenté darle a Waring con la mano ahuecada y rebosando mi propia pestilencia. Se apartó de ella y de la puerta.

Me acerqué a él, con el escalpelo en una mano, la enfermedad en la otra, y lo miré a los ojos. Eran de un azul inglés cristalino. Llevaba unas pequeñas gafas con montura dorada y finos cristales cuadrados. Su pelo era del color de las fibras sedosas de una mazorca, de corte recto, como el de un niño; su rostro era igual de insípido que la mantequilla. Bien podría haber salido del Yorkshire de James Herriot; pero por el hilillo de baba que tenía en el mentón podría haber sido el joven aprendiz del veterinario del pueblo, con perpetua cara de asombro, el estetoscopio alrededor del cuello, y la pálida piel sonrosada, ligeramente quemada por el sol. ¡Qué muchacho tan sencillo y encantador!

—Por favor, señor Compton —gimoteó él—, por favor. Soy un gran aficionado a los asesinos en serie. No le diré nada a nadie...

Lo hice retroceder contra un carrito lleno de pinzas y separadores de hueso relucientes, que tiró al suelo con un estruendo atronador. Waring dio un traspie y se cayó encima. Cuando me abalancé sobre él, empezó a darme patadas. Fue en vano. Le quité las gafas de un manotazo, y le pasé la mano izquierda por los ojos, cegándolo así con mi sangre. Intentó morderme la mano, y lo único que consiguió fue tragar sangre. Le hundí el bisturí en la garganta, y la desgarré hasta la clavícula. Su robusto cuerpo de pueblerino se convulsionaba a mis pies.

Le retorcí la hoja en la garganta. Levantó las manos y agarró débilmente las mías. Yo lo cogí de su hermoso pelo del mismo color que las fibras sedosas de la mazorca, ahora oscurecido por la sangre, y le aplasté la cabeza contra un separador de hueso. El cráneo se partió con un gratificante crujido. Waring corcoveó una vez más, y se quedó inmóvil.

La emoción casi olvidada, pero inmediatamente familiar, de un peso muerto en mis brazos... La veladura extática que cubría los ojos entreabiertos... La forma en la que los dedos se quedaban rígidos, sufrían la perlesía final, para luego cerrarse en un puño... El dulce rostro perdido en su vacío sueño infinito. Siempre me gustaron los rubios. Por naturaleza tienen un cutis lechoso, por eso sus tiernas venas se muestran azules en las sienes, y su pelo empapado en sangre es como pálida seda vista a través de un cristal color rubí.

Me incliné sobre Waring y le di un beso, volviendo así a familiarizarme con la textura de los labios y los dientes, el fuerte sabor metálico de una boca llena de sangre. Tenía un tacto increíble, y quería tumbarme a su lado sobre el frío suelo de baldosa del depósito para jugar un rato con él. Pero no me atrevía. Aunque sabía algo sobre las autopsias, no tenía ni idea

de cuánto tiempo llevaba hacer una. La puerta estaba cerrada con llave, pero tarde o temprano alguien aparecería con una, y supuse que sería más temprano que tarde.

Por primera vez en cinco años, tenía a un hermoso chico muerto a mi disposición, y no tenía ni una condenada posibilidad de hacer nada.

Dejé de mirarlo para echar un rápido vistazo a mi alrededor. Estábamos en una pequeña sala rectangular, parecía algún tipo de antesala del depósito. Techo bajo de hormigón, paredes de azulejo, sin ventanas. Los restos grasientos de Drummond se encontraban tirados a los pies de la mesa metálica de disección, mientras el joven Waring y yo yacíamos entrelazados en un rincón entre una maraña de mangueras manchadas de algo oscuro, que desaparecían por la parte inferior del fregadero. Parecía que no había otra salida que la puerta.

Estaba completamente desnudo y sangraba copiosamente. Si los que trabajaban en el hospital sabían que me habían traído aquí para hacerme la autopsia, tendrían mi cara grabada en la memoria. Aun así, debía hacer frente a la situación y salir de allí. Creía poder hacerlo; de hecho, sabía que podía hacerlo. Por supuesto, no es que tuviera muchas opciones.

Me puse un par de guantes de látex y registré entre los armarios y cajones. Encontré un botiquín de primeros auxilios y coloqué un trozo de algodón encima de la herida, y pegué con cinta adhesiva una gasa. La sangre comenzó a manchar casi de inmediato la gasa, pero no podía hacer nada más que agradecer que estuviera fluyendo de nuevo. Mientras me limpiaba con toallas de papel cerca del fregadero, todavía estaba, a mi pesar, seguro de que había traspasado el umbral de la muerte irrevocable.

La bata de laboratorio de Drummond estaba empapada de toda clase de fluidos nauseabundos que salían de su cuerpo supurante. Pero Waring había dejado la suya en un colgador cerca de la puerta, y murió con su uniforme verde. En

silencio, bendije al chico. Le quité los zapatos y los calcetines, y me probé uno de los feos mocasines de suela de goma. Me quedaban enormes, pero pensé que si me ataba bien los cordones y metía toallas de papel, no se me caerían de los pies.

Después de mucho tirar, le pude quitar el uniforme. En el bolsillo del pantalón encontré un pequeño monedero con dos billetes de veinte libras y algunas monedas, que me quedé. El cuerpo de Waring, con los calzoncillos de algodón puro, era suave, rosado, y no tenía pelo alguno, excepto un fino vello dorado en las piernas y en el bajo vientre. Ya no sentía atracción alguna hacia él; me recordaba mucho a una rata recién nacida.

En algún momento, me había pasado lo mismo con mis chicos: cuando tenía a uno dispuesto y listo para la noche, en vez de echarme encima de su cuerpo pasivo, repentinamente perdía interés por él. Esto me ocurría normalmente con los chicos que habían muerto sin ofrecer resistencia alguna.

El uniforme de Waring me quedaba demasiado grande, por supuesto, y estaba lleno de sangre. Pero debajo de la bata limpia pensé que eso pasaría desapercibido. Estaba en un hospital, después de todo. Observé que sus gafas de montura dorada se hallaban en el suelo, con huellas de sangre pero en perfecto estado. Las limpié y cuando me las puse esperaba que la sala se convirtiera en una imagen borrosa. Pero de repente mi visión parecía más aguda, el contorno de los objetos era más claro. Imaginaos: ¡los perplejos ojos azules de este robusto muchacho tenían el mismo defecto que los míos!

Como era de esperar, no había espejo en la sala. ¿Quién quiere verse la cara después de estar todo el día abriendo cajas torácicas y cráneos? Pero algún médico residente vanidoso (creía yo) había colgado un pequeño cristal redondo en un clavo encima del fregadero. Estudié mi reflejo, y llegué a la conclusión de que las gafas cambiaban bastante mi apariencia,

pero todavía podía hacerlo mejor. Aunque se supone que los prisioneros llevan el pelo bastante corto, yo no había ido al barbero en semanas. Mi oscura melena me llegaba hasta la mitad de la nuca y me colgaba desordenadamente por la frente.

Encontré unas tijeras quirúrgicas entre el desorden y empecé a cortar. Dejé larga la parte de atrás, pero corté varios centímetros de la parte de delante y de los lados hasta que mi tosco pelo quedó de punta. Parecía un habitual corte de pelo moderno en un patólogo maduro. La última vez que me dejaron entrar en la sala de estar había visto un personaje en la televisión que lucía el mismo estilo.

Extraje el escalpelo de la garganta de Waring, y con la ayuda de esparadrapo me lo pegué en el interior de la pantorrilla, de donde sería fácil cogerlo más tarde. Tarareaba, contento con mi nuevo aspecto. Con las gafas y el corte de pelo parecía cinco años más joven, y diferente del asesino más famoso de Inglaterra desde que Jack acechara a prostitutas en Whitechapel.

Los asesinos tienen la suerte de poseer unos rostros adaptativos. Con frecuencia parecemos insulsos y aburridos; nadie pasó al lado del Destripador en la calle y pensó: «Ese tipo tiene pinta de haberse comido anoche el riñón de una chica». Años antes de que me arrestaran había visto varias fotografías en los periódicos de un asesino de chicas americano, todas tomadas con un intervalo de unos meses entre una y la siguiente. Si no hubieran puesto su nombre debajo de ellas, uno no se habría figurado que todas eran del mismo hombre. Parecía capaz de cambiar las líneas de la cara, la forma de los ojos, la estructura ósea. Yo no podía hacer nada de eso, al menos no lo creía, pero me las había apañado con lo que tenía.

Cuando descolgué la bata de Waring, cayeron dos cosas del bolsillo. Una era un manoseado libro en rústica titulado *El caníbal favorito de América: la historia de Ed Gein*. La otra, el juego de llaves de un coche.